

2013

DINERS

A medio hacer

por Dominique Rodríguez Dalvard

70
ARTE

A MEDIO hacer

POR DOMINIQUE RODRÍGUEZ DALVARD | FOTOS: CAROLINA BORGES, BANCO DE LA REPÚBLICA Y ARTISTAS

Varias exposiciones están mostrando lo que para los artistas significa habitar en las ciudades y los retos que representa hacer parte —o no— de ellas.

Ladrillos de hilo. Ventanas de hilos, abiertas. Una escalera de caracol de hilos. Así como sueña. Así de poéticos, así de reales. La obra que la artista mexicana Sandra Calvo hizo en el barrio Villa María (Ciudad Bolívar), como resultado de una residencia artística en nuestro país, es la metáfora perfecta del principal anhelo urbano: el sueño de tener una vivienda. Nuestras ciudades, a medio hacer, mitad planchas de concreto rogando por un piso más, también son barrios nacidos de la piratería o custodiados hasta los dientes por guardianes en moto, cámaras de vigilancia y perros furiosos. Algunos se resisten a desaparecer frente a la especulación inmobiliaria y, finalmente, son también terrenos conquistados por banderines por las constructoras en los límites cada día más amplios de las capitales. Otras ciudades, simplemente no existen para nuestros registros, pero ahí están, en el inframundo y en los rincones donde nacen casas que fungen de hogar.

Son nuestras *Urbes Mutantes*, como tan bien las tituló el Museo del Banco de la República en una exposición fotográfica increíble que da cuenta de seis décadas íde vida, de crecimiento, de desigualdad, de violencia, de estereotipos en tantas de las ciudades que conforman nuestra América Latina.



Diferentes presas con sus hijos gelatina de plata, de Adriana Lantini, 1991-1993. De la exposición *Urbes Mutantes*.



Invertido, intervención en el espacio de Leyla Cárdenas, Alexandra McCormick y Camila Echavarría, 2012.



El Quiéto de la Noche, gelatina de plata, de Alberto Korda, 1966. De la exposición *Urbes Mutantes*.

Estas ideas que se alejan del romanticismo y problematizan nuestras formas de vivir, que explican el caos de lo que somos y que demuestran a veces con tanto ahínco la inviabilidad de estos países, también expresan con claridad algo tan abstracto como la resistencia. Esa capacidad de adaptación y supervivencia que nos hace irrepetibles, que nos expone recursivos, soñadores, críticos y denunciantes e ingenuamente originales. Una imagen de Maya Godol lo resume todo: sobre un muro, la imagen pintada de Emiliano Zapata, charrisimo, armado y bigotudo. Abajo, en el piso, una mancha de grasa, de sangre, de lo que sea. Invade, ensucia esa revolución que es apenas un grafiti. Otra, a manera de *bonus track*, el paisaje cínico que ha construido la inequidad: *La vida es una gasorevía*. Jaime Avila pone a posar a un gamín (en francés, *gamín*, joven, chico; en español, su acepción más temeraria, ladrón, "desechable"), para darnos una fina cachetada que se volverá decoración de las salas de los coleccionistas.

Para Sandra Calvo, esa tensión que vivimos permanentemente está representada en colores. Todo está fríamente calculado, no es solo belleza. Esa casa soñada tiene

posibilidades de ser real, pero solo hasta cierto punto. Los muros exteriores, los contenedores, las ventanas con vista a la ciudad inmensa, son ladrillos tejidos en negro. Aquello que se quisiera y que quizá solo quede en el terreno del sueño, es un ladrillo de hilo rojo. Es la escalera de caracol, un ornamento hermoso, pero innecesario. O, peor, es el muro en donde Michael pondrá el estudio de grabación que desea tener. Pero allí tienen que dormir los otros chicos, ese lugar no puede ser para el divertimento cuando se tienen tantas necesidades... No interesa que Michael haya trabajado tanto en la echada de la plancha, ganándose el derecho a su lugar. Esa es la verdad.

Por su parte, el Colectivo Maski presentó también hace poco una muestra interesante en LA Galería. Se llamó *Terrero culebro* y contaba la historia de cómo se coloniza un potrero para desarrollar proyectos de vivienda popular, es decir, decorados con esloganes grandilocuentes sobre la traducción de los sueños en realidades plausibles, no importan los poquísimos metros cuadrados, en torres gigantes de concreto. En medio de la sala, columnas de ladrillos que se iban secando durante toda la exposición

—frágiles pese a su estructura, como una buena traducción de sentimientos—, daban paso a las fotos de los terrenos que pronto serían colmados de edificios sin identidad. Y, por supuesto, cómo olvidar la muestra *Invertido*, que se presentó en el Centro Colombo Americano, un trabajo colectivo de Leyla Cárdenas, Alexandra McCormick y Camila Echavarría, una sala poblada de decenas de andamios colgantes del techo hechos de papel y cemento, y que cuestionaban delicadamente el orden de las cosas, su solidez. La estabilidad que supone estar y construir desde un andamio.

Pero claro, ¿de qué ciudades estamos hablando? ¿Qué tan seguro es todo esto que construimos? Tal como se lo pregunta la artista mexicana, ¿qué significa esto de la apropiación y qué es vivir formalmente cuando más de la mitad de la ciudad ha sido autoconstruida? ¿Qué es eso en donde construir una casa acá se vuelve un acto ilegal, algo que no se puede? ¿Dónde acaba lo formal y se vuelve informal, ilegal? Al final, esas son las grandes preguntas de las ciudades que habitamos hoy. ☹